

Elección y unión con Dios en el texto de los Ejercicios

Luis M^a García Domínguez

En estas páginas buscamos, en el texto de *Ejercicios*, la relación existente entre la *elección* de estado (o la reforma de vida) y la *unión con Dios*. Ambas experiencias espirituales están reflejadas en la dinámica del retiro ignaciano, y generalmente se han entendido como dos momentos distintos y separados en el proceso espiritual ignaciano. Por ejemplo, en una perspectiva que emplee la terminología clásica de las tres vías, la elección se contempla dentro de la fase iluminativa, mientras que la unión con Dios correspondería a la vía unitiva. En otras formulaciones del proceso espiritual ignaciano la elección se puede entender como el umbral de la vía unitiva¹.

Nuestro objetivo sería el de recorrer distintas expresiones ignacianas para acercarnos un poco más a la experiencia del ejercitante (del buen cristiano) en torno a la elección y la unión con Dios que se busca en *Ejercicios*; y exploramos también algunas resonancias de ambos conceptos en otros textos ignacianos que nos puedan ayudar a comprender mejor la experiencia espiritual que ellos reflejan.

El concepto de *disposición* nos puede servir de hilo conductor para nuestro recorrido, puesto que este concepto ignaciano muestra la conexión que existe a nivel profundo entre tres elementos principales que aparecen como muy significativos en los *Ejercicios*: la inicial preparación más bien esforzada (o ascética) del sujeto que empieza el retiro; las disposiciones necesarias para hacer bien una elección vital; y el ofrecimiento de sí que hace el ejercitante a Dios para que Él disponga al final del recorrido espiritual². Estos tres momentos de los *Ejercicios* se completan en un momento posterior fuera de los mismos, que es el de una mayor plenitud de la

¹ J. MELLONI, *La mistagogía de los Ejercicios*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2001, 231.

² Seguimos la perspectiva de A. QUIJANO MARCOS, *Disposición*, en GEI (ED.), *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2007, 2^a ed., 645-649. Emplearemos las abreviaturas de los textos ignacianos utilizadas en esta obra (citada en adelante *DEI*).

unión con Dios, en cuanto es posible en la presente condición humana, aunque en esa perspectiva ignaciana de ir siempre “en el servicio de Dios nuestro señor de bien en mejor subiendo” (Ej 315).

1. Disponerse: cómo empezar el camino

En este hacer y esperar, el elemento afectivo, que nos sobreviene de un modo más pasivo, es central

Decimos que *disponer*³ significa, en el primero de sus tres sentidos, toda actividad (interna o externa) encaminada a *preparar*, *aparejar* o *hacer capaz* al ejercitante⁴; *disposición* equivale, a aptitud, capacidad física o intelectual e ingenio⁵. Pues, en efecto, al comienzo de sus Ejercicios, a lo largo de la Primera semana, el ejercitante se prepara, se apareja para hacerse capaz y estar mejor dispuesto al final de la misma (Ej 44), porque sin esa disposición no

podrá proseguir sus Ejercicios. Todavía al comenzar la Segunda semana se debe seguir en la misma dirección para tener las disposiciones adecuadas hasta la preparación inmediata a la elección⁶. De tal modo es eficaz esa preparación que el método busca que, llegados al momento de la elección, disponerse signifique “estar en todo resignado” a la elección que Dios quiera.

Hay otros conceptos ignacianos que remiten a este esfuerzo de disponerse al camino espiritual. En realidad, el que hace Ejercicios *se ejercita* de muchos modos a lo largo de su experiencia, practica su actividad en múltiples actividades (operaciones) espirituales (Ej 1), asume su propia iniciativa, actualiza y moviliza su deseo afectándose⁷; de este modo, el ejercicio espiritual da cauce al deseo y ordena a la persona.

Pero el ejercitante, que se tiene que mover muy activamente (con una actividad muy interior, psíquica y espiritual) en su camino hacia el encuentro con Dios, no garantiza por esa actividad lo que sólo puede ser un puro don de Dios, sino que paradójicamente se va introduciendo en una pasividad de acogida y sumisión; así las facultades humanas no crean la oración actuando sobre Dios mismos, sino que descubren que Dios estaba ya pre-

³ *Disponer* aparece en Ej 1, 7, 15, 18, 20, 39, 44, 133, 135, 199, 213, 234. *Disposición* aparece en Ej 1, 18, 72, 205, 213, 220, 252, 327, 335. El verbo y el sustantivo aparecen también en otros escritos ignacianos.

⁴ *Preparar*: Ej 1, 7; D.4, 11.29; *aparejar*: Ej 44, 238; *De* 32; *hacer capaz*: D.1, 9.

⁵ D.4, 1-2; Ej 18, 44.

⁶ D.1, 7-9; D.3, 13; Ej 135.

⁷ Ej 97, 164, 166, 229, 234. Los verbos de acción son muchísimos en los Ejercicios: J. GARCÍA DE CASTRO, *¿Qué hacemos cuando hacemos ejercicios? La actividad del ejercitante a través de sus verbos*: Manresa 74 (2002) 11-40.

sente en el corazón de su actividad cuando se mantiene en una dependencia de docilidad.⁸

Los muchos verbos de acción del texto ignaciano (más de cien) dejan claro que se le pide una actividad⁹ al ejercitante para encontrar eso que *busca*¹⁰ porque lo *quiere* y lo *desea*¹¹. Por eso desde el principio no sólo hay ejercicio corporal e intelectual (*Ej* 1), sino también ejercicio afectivo, sentimiento y gusto (*Ej* 2), así como una actitud de reverencia con acatamiento que siempre es un poco más pasiva (*Ej* 3, 44). Quien desea muestra que busca lo que todavía no tiene y, así, el deseo mueve la actividad. Y si desde el comienzo del retiro el ejercitante es activo en su entrega y ofrece a Dios toda su persona, es cierto también que a la vez es pasivo al aguardar el resultado de su esfuerzo, desando y esperando que Dios se sirva de él conforme a su voluntad (*Ej* 5). En este hacer y esperar, el elemento afectivo (que debemos recordar nos sobreviene de un modo más pasivo) resulta central: sin movimientos afectivos no hay proceso de Ejercicios (*Ej* 6).

Si el que se ejercita se debe implicar corporal, intelectual y afectivamente, el texto ignaciano propone una metodología adecuada, de modo que el ejercitante llega a la elección a través de un proceso espiritual muy cuidado desde el punto de vista pedagógico, como se puede ver recorriendo los detalles que van preparando la elección a lo largo del texto ignaciano¹². De hecho, tanto para entrar en Ejercicios como para poder elegir, se requiere un *sujeto* maduro humana y espiritualmente que ha hecho suyas las adiciones y que busca a Dios continuamente. Un ejercitante así sensible y bien dispuesto empieza un recorrido espiritual a través de los Ejercicios, que le prepara para la elección (como esfuerzo y como don) ya durante la Primera semana. En efecto, el ejercitante ve la realidad con ojos creyentes (en el Principio y Fundamento) y a Dios como Señor de todo lo creado; y se acerca a todas las cosas interpretándolas como cosas “segundas”, relativas a Dios. El ejercitante se verá como ser dividido internamente y amenazado por fuera (*Ej* 147), pero encontrará reconciliación y relaciones pacíficas con su entorno a medida que se recoloca humildemente en el suelo admitido de su propia realidad, olvidándose de la tentación de su narcisismo primigenio (de su crecida soberbia), gracias a que

⁸ P.-H. KOLVENBACH, *Decir... al “indecible”*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1999, 39.

⁹ Ver J. C. COUPEAU, *Ejercitar(se)*, en *DEI*, 721-726. En el librito ignaciano aparecen 86 recurrencias del sustantivo *ejercicio* y 15 veces del verbo *ejercitar(se)*.

¹⁰ *Ej* 1, 4, 11, 15, 20, 76, 87.

¹¹ *Ej* 20, 23, 48, 73, 76, 87, 89, 98, 130, 133, 151, 166, 167, 168, 177, 199, 350.

¹² L. M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, *Acompañar la elección*, en *La entrevista en los Ejercicios espirituales*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander 2010, 189-212.

puede recorrer humildemente su propia historia de pecado generosamente redimida (Ej 55-61).

En efecto, al entrar en elecciones podrá elegir mejor el que reconoce que su ser conflictivo podrá verse agitado en el momento de la elección; el que ha reconocido el desorden de sus operaciones (Ej 63) y por eso admite que en la elección puede ser engañado por sus sentidos, recuerdos, inteligencias y afectos; el que sabe seguir el llamamiento de Cristo (Ej 96-97), pero sabiendo que éste no es sólo hacer muchas cosas (ofreciendo toda su persona al trabajo), sino más bien dejarse transformar internamente (haciendo oblaciones de mayor significado)

*En el momento
de la elección se da la
conjunción de dos
libertades*

en el proceso pascual de Cristo; y el que en la jornada ignaciana aprende con trabajo los criterios evangélicos (a través de Banderas) y pone a prueba sus apegos afectivos interesados (en Binarios). De este modo se va preparando y disponiendo el sujeto que elige mediante una transformación interior que no es sólo fruto de su actividad y esfuerzo, sino efecto pasivo y recibido de su encuentro con Dios en la oración de su retiro.

Por otra parte, en la Segunda semana, la elección está precedida de una atracción hacia el Señor que llama y de un deseo vivo de conocer, amar y seguir al Señor (Ej 104); un deseo que precede y acompaña la opción del ejercitante. Las contemplaciones de los misterios de la encarnación, el nacimiento y la infancia del Señor ponen ante los ojos del ejercitante el ejemplo de personas que deciden y eligen, empezando por las mismas personas divinas que determinan la encarnación del Verbo (Ej 102), así como también el ejemplo de Jesús (Ej 116) y de quienes le rodean. Todo lo cual suscita en el ejercitante el deseo de conocerle, amarle y seguirle en una vida como la suya, en la manera que él lo desee.

En resumen, el que va a elegir se prepara de muchas maneras para una decisión consciente y libre con criterios evangélicos y el corazón libre. Y eso, gracias a una visión nueva de sí mismo y a una relación consoladora con el Dios contemplado. Así se va formando la disposición adecuada para elegir que piden tanto Ignacio como los primeros jesuitas que daban Ejercicios, cuando afirman taxativamente que sólo con las disposiciones adecuadas se puede “entrar en elecciones”, y sin tales disposiciones no se le debe permitir al ejercitante que haga elección¹³. Pero en el recorrido hasta este punto podemos apreciar que realmente ya ha dado comienzo una nueva

¹³ Ver por ejemplo los siguientes directorios: D.1, 17; D.4, 19-20; D.20, 86.78; D.24, 18; D.25, 18; D.43, 217.

manera de unión con Dios del ejercitante, antes incluso de su elección. Esta preparación de la elección no se puede hacer sin experiencias consoladoras, sin comunicación de Dios, sin confirmación de que el camino emprendido es el de la verdadera realización humana del ejercitante.

2. Elegir lo que Dios quiere

La *elección*¹⁴ constituye sin duda una fase muy importante de los Ejercicios, situada en la mitad de su recorrido. Como ya hemos indicado, en esta mitad de la Segunda semana en que el ejercitante entra en elecciones, *disponer* ya no significa prepararse, sino *decidir* sobre el estado de su vida en una acción que es tanto del sujeto (que quiere disponer de sí) como del mismo Dios (que dispone a la persona para que le sirva)¹⁵.

De este modo se funden en el momento de la elección una decisión libre del sujeto y la decisión de Dios. Así, el acto de elegir resulta ser una *determinación*, un acto de la voluntad que resuelve la indecisión previa¹⁶. Es sinónimo de resolución, decisión, osadía, audacia y valor. La elección, la determinación, es un acto humano por el que se juzgan distintas opciones y se decide una de ellas como la mejor para el sujeto. Pero, al mismo tiempo, el que decide queda determinado, se sitúa a sí mismo en un modo nuevo; por eso, el que busca y encuentra se cambia a sí mismo; la decisión humana cambia y configura al que decide y lleva adelante su decisión. De modo que la decisión a favor de la voluntad de Dios en una opción concreta de vida implica para el ejercitante la seguridad de estar cumpliendo la voluntad de Dios y acerca “cualitativamente” al sujeto a su Dios.

Otras expresiones y pasajes confirman esta importancia de la elección en la espiritualidad ignaciana. El que quiere elegir bien lo que Dios quiere, ordinariamente ha de *discernir* con cuidado para reconocer el sentido de sus inclinaciones y mociones y su origen, para así decidir y determinarse conforme a la inclinación de un Dios que mueve y atrae. Desde el punto de vista antropológico, una decisión adecuada supone el ejercicio integral de las facultades humanas, comenzando por la percepción (externa e interna), siguiendo por las repercusiones emotivas (atracciones y rechazos) y los análisis racionales (deliberar, sopesar las razones, aplicar los criterios ade-

¹⁴ *Elección* aparece 109 veces en la *Concordancia*, que se concentran en los *Ejercicios* (36 veces), las *Constituciones* (45 veces) y el *Diario espiritual* (55 veces). *Elegir* aparece 56 veces en la *Concordancia*, sobre todo en los *Ejercicios* (21 veces) y las *Constituciones* (38 veces).

¹⁵ *Ej* 15, 135, 199.

¹⁶ Ignacio no utiliza el sustantivo *decisión* ni el verbo *decidir*; emplea *determinar*, *determinación* y otros; ver A. HORTAL, *Determinación*, en *DEI*, 580-584.

cuados) hasta llegar a una decisión o determinación en la elección. Una decisión de este tipo, por lo tanto, implica existencialmente al sujeto que toma en cuenta su pasado, que ejecuta un acto de libertad en su presente y que compromete su futuro en la dirección que libremente asume. Por eso, *sentir y cumplir* la voluntad de Dios, como Ignacio pide al final de muchas cartas, es una gracia que afecta a todas las dimensiones anímicas (las facultades) de la persona¹⁷.

Como venimos diciendo, una elección con las disposiciones adecuadas permite *hallar en paz a Dios* (*Ej* 150, 153; ver *Ej* 1) y hacer su voluntad; porque, al mismo tiempo que el ejercitante decide, es Dios mismo quien elige, quien manifiesta *su* voluntad, su intención sobre el ejercitante¹⁸. Y esto sucede en los llamados tres tiempos de elección, en los que Dios “mueve y atrae la voluntad”, o bien manifiesta su deseo por medio de las mociones del buen espíritu o por el uso racional del entendimiento iluminado por la fe y por su amor (*Ej* 175-184).

La elección más racional del tercer tiempo, en la que el ejercitante parece tener mayor protagonismo, se confirma sólo al aceptar Dios su *oblación*¹⁹. Es la misma palabra que se empleaba al comienzo de la Segunda semana para formular la respuesta más generosa del ejercitante al llamamiento, a condición de que el Señor le quisiera “elegir y recibir”²⁰. Esta primera oblación e iniciativa del ejercitante se vuelve ahora pasiva, a la espera de la confirmación; y el ejercitante recorre una especie de “camino de vuelta” después de tomar su decisión, esperando que el Señor acepte su oblación y le quiera “confirmar y elegir” (*Ej* 188).

De nuevo el texto ignaciano parece indicar que en el momento de la elección hay una conjunción de dos libertades, la del ejercitante que se ofrece y la de Dios que le *mueve* a elegir²¹. Por eso distintos comentaristas han subrayado el acto de elección como el momento central de los Ejercicios, porque “en el menor acto de libertad, está presente todo el Espíritu” (Gaston Fessard)²²; y, así, el acto de elección abre de modo radical a la unión profunda del sujeto con su Dios.

¹⁷ Ver P.-H. KOLVENBACH, *Las cartas de Ignacio. Su conclusión*: CIS 23 (1992) 73-86.

¹⁸ A. SAMPAIO COSTA, *Elección*, en *DEI*, 726.

¹⁹ *Ej* 183, 188. *Oblación* aparece 26 veces en la *Concordancia*, de ellas 3 veces en *Ejercicios*, 2 en *Constituciones* y 21 en el *Diario espiritual*.

²⁰ *Ej* 97-98. La oblación del reino se presenta en C. GARCÍA HISRCHFELD, *Oblación*, en *DEI*, 1337-1339. Es término también lo aplica san Ignacio a los votos del jesuitas (*Co* 98); pero sobre todo está referida a la oblación posterior a la elección (*Ej* 188), que Ignacio repite en su *Diario espiritual* (*De* 12, 13, 14, 16, 23, 25, 27, 31, 36, 37, 38, 40, 41, 42, 46). El término tiene resonancias eucarísticas, pues aparece en el canon romano que Ignacio recita cada día: *De* 129.

²¹ *Ej* 155, 175, 180, 184, 338.

²² D. SALIN, *Voz Libertad*, en *DEI*, 1131; recoge las afirmaciones de J. de Guibert, M. Giuliani y el estudio del acto de libertad que hace Gaston Fessard.

En resumen, en la elección se activa más plenamente la libertad del ejercitante, que no sólo se entrega a sus ejercicios particulares empleando muy distintas operaciones sino que se entrega por entero a quien puede disponer de él totalmente. En la elección bien preparada y realizada el ejercitante se pone en manos de Dios y, de esta manera, adelanta lo que será el final del proceso: *Tomad Señor... mi libertad (Ej 234)*. Vemos así que el núcleo de generosidad inicial del ejercitante se ha desplegado y realizado en una entrega (elección) que ahora todavía es intencional, pero que germinalmente ya es definitiva.

3. La unión con Dios en los Ejercicios

Decíamos que al final de los Ejercicios el significado de *disponer* es el de entregarse totalmente a Dios: “disponed a toda vuestra voluntad” (*Ej 234*), acto por el que el ejercitante se desposee totalmente de sus cosas y de sí mismo, y Dios pasa a adueñarse del ejercitante, a disponer plenamente de él. Con este tercer significado de *disponer* se completa el proceso de preparación, elección y entrega. Y así se “pone de manifiesto que el proceso ignaciano no avanza por añadidos, sino por un crecimiento interno”, de modo “que sólo si la entrega total está al principio, aunque sea sólo en semilla, podrá dar un fruto pleno al final”²³. Ese fruto es la unión con Dios que se busca en la experiencia y que se quiere continuar para adelante.

¿En qué consiste esta *unión* con Dios, según el autor de los Ejercicios? Habría que ver lo que Ignacio de Loyola propone para los Ejercicios mismos y lo que encuentra de hecho en su propia vida o en la de otras personas espirituales. Esta unión con Dios se va realizando, a partir de la elección, a través de la Tercera y la Cuarta semanas, hasta culminar en la Contemplación para alcanzar amor²⁴. Cuando el ejercitante entra en el misterio pascual pide la compunción por el sufrimiento con Cristo (*Ej 193*) y la identificación con Cristo en su pasión (*Ej 203*), para poder después gozar de su alegría como Señor resucitado (*Ej 221*). La elección hecha es confirmada y recibida en esas contemplaciones, que abren a un encuentro diferente con el Señor contemplado, un encuentro más empático y ciertamente más pasivo; aunque Ignacio no empleará expresiones propias de la mística castellana de su tiempo (*dejamiento, dejarse*) que expresaban otros acentos

²³ A. QUIJANO MARCOS, *Voz Disposición*, o.c., 646.

²⁴ La mayoría de los directorios que usan esta nomenclatura, ponen el comienzo de la vía unificada en la Cuarta semana o en la contemplación para alcanzar amor, aunque algunos lo adelantan a la Tercera o incluso al momento de la elección: J. MELLONI, *La mistagogía*, o.c., 231.

en la experiencia de encuentro con Dios que eran diferentes a los de su propia experiencia²⁵.

Como es sabido, la Contemplación para alcanzar amor²⁶ muestra distintas perspectivas en que el ejercitante puede vivir su unión con Dios. Para Ignacio, el amor (fin de toda unión) es reconocido en las obras realizadas y entendido como comunicación. Para los ojos creyentes del ejercitante ya transformado, Dios se comunica (y ama) en toda la creación, en las circunstancias y fuerzas de la historia, en el interior de todos los seres (y del corazón humano); es decir, en todas las cosas. Y el creyente, por su parte, sólo puede entregarse a ese Dios reconocido y amado con su propia comunicación y con la entrega de su libertad que es el núcleo de su persona toda (Ej 234). Una muestra de esta situación sería la de alguien “que sea muy unido con Dios nuestro Señor y familiar en la oración y todas sus operaciones” (Co 723); es decir, tanto en su oración (o “en la contemplación” de la tradición espiritual) como en la intencionalidad de su vida, en su funcionar todo. Pues en los dos ámbitos se produce la unión con Dios de un creyente.

*Si bien el método
depende del ejercitante,
la experiencia misma
sólo la concede Dios en
el modo que Él desea*

Pero San Ignacio no usa casi nunca la palabra *unión* para referirse al encuentro personal con Dios²⁷, sino más bien para significar la unidad de las voluntades entre los miembros del cuerpo de la Compañía de Jesús, aunque dicha unión se deba fundar en la unión de cada uno con Dios (Co 671). Solamente tres veces de cuarenta citas aparece *unión* referida directamente a la unión de la persona con Dios²⁸, una de ellas explicitando la unión en la pobreza y humillación del Hijo.

Sabemos que Ignacio es parco y comedido a la hora de comunicar a otros su experiencia íntima de Dios. Pero si en los Ejercicios no detalla excesivamente en qué puede consistir esa *unión* con Dios del ejercitante es porque seguramente tiene una intencionalidad precisa. De hecho hace la propuesta de un método muy detallado para posibilitar al ejercitante una

²⁵ Una corrección autógrafa de Ignacio elimina el verbo en Ej 5: Ignacio *deja* actuar a Dios (Ej 15, 196; ver Ej 201, 268), pero no *se deja* a sí mismo en Dios, como proponían los *dejados*. El verbo en Ignacio expresa más bien la opción libre del sujeto (Ej 89, 135, 154, 155, 171, 178, 179, 275, 293, 320). En el único texto en que se usa como verbo pronominal se refiere a la acción kenótica de Jesús de *dejarse* besar por Judas (Ej 291). En el *Diario espiritual* el sentido es semejante.

²⁶ M. J. BUKCLEY, *Contemplación para alcanzar amor*, en *DEI*, 452-456.

²⁷ En la *Concordancia*, *unión* aparece 22 veces, todas en las *Constituciones*; *unir* aparece 15 veces, de las cuales dos en los *Ejercicios*, once en las *Constituciones* y dos en las bulas.

²⁸ Co 671 y 723; *Deliberación sobre la pobreza* 3, 4: MHSI (63), 78-81.

experiencia espiritual, pero sabe de sobra que no puede controlar dicha experiencia; pues si bien el método depende del ejercitante y en parte del mistagogo que le acompañe, la experiencia misma solamente la concede Dios en el modo como Él desee o pueda concederla (*Ej* 234).

Todavía en el texto de los Ejercicios podemos comprender mucho sobre cómo entiende Ignacio la unión con Dios si nos fijamos en sus descripciones de la *consolación espiritual*²⁹, que es una inflamación del alma en amor de Dios o amor a las cosas en Dios; verdadera alegría y gozo espiritual que mueve a las cosas celestiales y a la salud del alma; lágrimas por amor a Dios, por el dolor de los pecados o por otras cosas rectamente ordenadas; paz interior, quietud, pacificación; elevación de mente; aumento de fe, de esperanza y de caridad. Pero con la consolación pueden venir otros posibles dones del Espíritu Santo como impresiones e iluminaciones divinas, con gustos y sentidos espirituales ordenados a tales dones³⁰.

Decimos que, por lo que hace a sus experiencias particulares, Ignacio no detalla la descripción de los dones de Dios que él recibe, sino que lo hará solamente en dos maneras: cuando se dirige a otras personas concretas que pueden tener esa experiencia o cuando lo hace para sí mismo en sus apuntes personales (en el *Diario espiritual*) con una intención de discernimiento. Es decir, tenemos que salirnos del texto de los Ejercicios para completar la visión que Ignacio tiene del encuentro con Dios, de su experiencia de unión con Dios.

Aunque no es éste el lugar para detallar las características de la mística ignaciana, sí podemos recordar algunas expresiones del *Diario espiritual* que manifiestan su experiencia de intensa búsqueda y elección, de encuentro y de nuevo cierto distanciamiento de Dios³¹. En dicho texto encontramos que la consolación es una manifestación de la experiencia de unión con Dios, al menos de tanta calidad cuanto lo permite nuestra condición o capacidad actual, pues “el mismo Señor desea dárseme, en cuanto puede” (*Ej* 234).

Un modo de manifestar en el *Diario espiritual* la unión con Dios es a través de los verbos *ver* y *sentir*. Así, Ignacio anota que *ve* en cierto modo a los mediadores, al Espíritu Santo, siente acatamiento “viendo al mismo

²⁹ J. CORELLA, *Consolación*, en *DEI*, 413-425.

³⁰ La descripción de la consolación, en *Ej* 316, 329, 330 y D. 1, 11. Nueva descripción en una carta a Borja de 20 de septiembre de 1548: *MHSI* (26) *Epp* 2, 233-237.

³¹ S. THIÓ, *La intimidad del peregrino. Diario espiritual de San Ignacio de Loyola*, Mensaje-ro – Sal Terrae, Bilbao – Santander 1990. El *Diario* está escrito solamente para él o, en todo caso, para su confesor; la intencionalidad privada del texto sería la misma. Sobre la mística ignaciana: AA. VV., *La mística ignaciana [I]. La tradición de una novedad*: Manresa 76 (2004) 333-405.

Espíritu Santo”, siente “desear y ver el ser de la Santísima Trinidad”³². En otros momentos señala que se trata de un “ver con el entendimiento”, de un tipo de “visión intelectual”, de “inteligencias”³³; de este modo cree “ver alguna cosa el entendimiento” del mismo ser divino, como una cosa luminosa o una centella, y por eso un poco oscuramente; como cuando indica que “me parecía ver alguna cosa del ser divino”, o señalando su experiencia como “dejándose ver en cierto modo” la Santísima Trinidad y Jesús³⁴; otras veces la experiencia es más nítida: “dejándose ver más claro; “dejándose ver el mismo ser y visión esférica”. En todo caso experimenta y anota numerosas visiones de la Trinidad, de Jesús, de nuestra Señora, del Padre, etc.³⁵

En el mismo escrito, con frecuencia la expresión *ver* y *sentir* completa la descripción de la inefable experiencia interior³⁶; aunque Ignacio también distingue entre un “sentir o ver entendiendo” (*De* 52) de otra modalidad expresada como “más sintiendo o viendo que entendiendo” (*De* 54). En todo caso, Ignacio *siente* la cercanía, la presencia o la inmediatez de Dios en algunos momentos de su oración personal³⁷, como cuando la “Santísima Trinidad se dejaba ver o sentir más claro o lúcido”, o “sintiendo y viendo, no en oscuro, sino en lúcido”; aunque otras veces constata otra cosa: “no sintiendo claro o viendo personas distintas, como otras veces dije”.³⁸

En síntesis, Ignacio supone al final del itinerario de los Ejercicios una unión con Dios que podemos identificar como la capacidad de ver la presencia de Dios en todas las cosas y circunstancias, y de responder con toda la persona a ese Dios que se da en todo. La expresión de esa unión es, por parte del sujeto, la entrega total en manos de Dios. Esa real unión, sin embargo, no se concreta particularmente en unas u otras modalidades de experiencia interior (consolaciones, gustos, visiones, sentimientos, familiaridad, etc.). Esos dones quedan siempre a la iniciativa de Dios y no son necesarios para la verdadera unión, que consiste en vivir mediante las obras y la comunicación del amor de Dios. El ejercitante, por lo tanto, queda invi-

³² Ver respectivamente: *De* 6, 25; 18; 169; 121.

³³ *De* 70; 83; 15, 21, 27, 31, 33, 51, 52, 54, 58, 62, 89, 140, 183, 185, 187. Aunque no siempre se le conceden a Ignacio dichas inteligencias espirituales: *De* 39, 40, 56, 89, 94, 139, 144.

³⁴ Por ejemplo: *De* 125, 136, 140.

³⁵ Por ejemplo: *De* 122, 123; ver *De* 55, 83, 85, 87 (la Trinidad); *De* 30 (el Padre); *De* 74, 75, 87, 88, 105 (Jesús); *De* 4, 31 (nuestra Señora).

³⁶ *De* 4, 14, 18, 25, 30, 31, 32, 52, 54, 70, 74, 75, 77, 110, 169. Es una experiencia inefable: “en cierto modo”, “en alguna manera”, o “no se puede así explicar” (*De* 77; ver también *De* 21, 27, 164, 185, 222).

³⁷ Por ejemplo, en *De* 14, 18, 29, 31, 31, 39, 41, etc. Ver J. MELLONI, *Sentir en DEI*, 2^a ed., 1631-1637.

³⁸ *De* 105, 121 y 110 respectivamente.

tado a continuar viviendo esa unión fuera y después de los Ejercicios en su nuevo estado de vida cristiana.

4. Hallar a Dios en todas las cosas

Hemos indicado que el verbo *disponer* (y el sustantivo *disposición*) recorre todo el proceso de los Ejercicios reflejando la experiencia del ejercitante en su acercamiento y unión con Dios. Este sentido pleno ya se encontraba latente al principio, como disposición inicial para empezar los Ejercicios, cuando se pide generosidad para que Dios “se sirva [del ejercitante] conforme a su voluntad”³⁹. Pero todo el recorrido de los Ejercicios se termina y la vida sigue; la espiritualidad ignaciana se manifiesta en lo que se propone y sucede después de los Ejercicios a un alma de la que Dios dispone a su voluntad. Esto parece que indica san Ignacio en una carta: cuando una persona está “así en todo dispuesta, confiada y resignada”, como sería al final de los Ejercicios, Dios querría tener en ella sus “continuas delicias”⁴⁰ y “poner sus santísimas consolaciones... hichiéndola de sí mismo para que haga mucho y entero fruto espiritual”⁴¹.

Esta plenitud de comunión que desea para el destinatario de su carta refleja una dimensión siempre subrayada en la mística ignaciana: la dimensión apostólica (el fruto espiritual), que es su modo particular de dirigirse al mundo en que Dios habita y trabaja (*Ej* 235-236). Es decir: la búsqueda de Dios, la comunión con Él en momentos oracionales (extáticos) desemboca siempre en una mirada hacia el mundo de Dios, en el que se desea hacer más presente a ese Señor conocido y amado. Y en mitad de la realidad de este mundo el creyente necesita seguir continuamente disponiéndose, en su triple significado; es decir, preparándose, eligiendo y dejando que Dios (a través de las múltiples mediaciones en que el creyente le descubre) le disponga a su voluntad.

Esta forma de vivir la fe y la unión con Dios tiene mucho que ver, sin duda, con lo que Ignacio llama, casi al final de su vida, ir “siempre creciendo en *devoción*”⁴², que quiere ser esa “facilidad de encontrar a Dios”

³⁹ *Ej* 5 (según la *Versio prima*). La corrección autógrafa en el texto castellano hacen coincidir esta disposición inicial con la que se produce en la Contemplación para alcanzar amor.

⁴⁰ *Delicias* sólo aparece en este texto ignaciano. Ignacio utilizará *gusto* espiritual o interior, *dulzura* (*dulce*), *suavidad* (*suave*), *gozo* espiritual (*gozar*), *placer*, *claridad*, y otras expresiones.

⁴¹ Carta al príncipe Felipe de España, del 18 de febrero de 1549: MHSI (26) *Epp* 2, 344. *Henchir* no aparece en la *Concordancia*.

⁴² *Devoción* aparece 237 veces en la *Concordancia*, sobre todo en el *Diario espiritual* (166 veces), pero también en las *Constituciones* (48 veces) y en la *Autobiografía* (15 veces). La inmensa mayoría de las veces indica su sentido positivo, pero también alude a “aquellas *devociones* que le venían fuera de tiempo” como tentaciones (*Au* 82).

*El amor que se entrega
y se comunica es la
modalidad teologal de
la unión con Dios que
buscan los Ejercicios*

(Au 99). Una devoción que no expresa la experiencia inefable de la unión con Dios, sino el sentimiento subjetivo de Ignacio cuando cree encontrarlo. De modo que Ignacio busca y *halla* a Dios en la vida cotidiana⁴³. En los Ejercicios *hallar* sí evoca la unión con Dios, en las expresiones de “buscar

y hallar la voluntad divina” en la elección (Ej 1), “buscar y hallar alguna gracia o don” (Ej 87), “hallar en paz a Dios” (Ej 150, 153); como vemos, en cierto modo acorde con el sentido que venimos viendo de disponer.

También en el *Diario espiritual* aparece muchas veces el verbo *hallar*, algunas indicando el encuentro con nuestra Señora o con Dios, aunque sea de una forma discreta⁴⁴. Por ejemplo, busca y desea hallar “reverencia o acatamiento amoroso” o, al

menos “acatamiento temeroso” como camino al anterior (De 187). En un momento determinado se percibe, junto al interés de Ignacio por “buscar y hallar”, la experiencia contraria de hallar y no hallar, de sucederle el encuentro con las personas divinas y, sin embargo, no ser siempre continuo ni cuando Ignacio lo desea, “no seyendo en mi facultad el hallar” (De 164). El don se muestra esquivo, y le impide a Ignacio la posesión pacífica de lo inasible.

Por eso, en esa aproximación al misterio, Ignacio utiliza también la expresión “acercar y llegar a su Criador y Señor”⁴⁵ para el ejercitante que se retira de sus ocupaciones y amistades no siempre bien ordenadas (Ej 20); y en las reglas para distribuir limosnas, propone que “cuanto más se acercare a [...] Cristo nuestro Señor” (Ej 344) en la pobreza de su modo de vida, mejor y más seguro será su modo de vida. *Llegar*(se) a Dios sólo lo utiliza en el texto citado (Ej 20), aunque en el *Diario espiritual* alude a “llegar al placer de Dios” (De 147) con el sentido de cumplir lo que a Él más le agradara.

Todas estas expresiones del *Diario espiritual*, así como toda la experiencia mística expresada en ese documento, suceden mientras Ignacio de Loyola continúa su vida ordinaria en Roma, gestionando múltiples obligaciones de gobierno de la Compañía y proyectos apostólicos, además de

⁴³ *Encontrar* no aparece en la Concordancia en castellano. El italiano *trovare* aparece 24 veces, muy pocas veces referido a encontrar a Dios (como en Au 99). *Hallar* aparece numerosas veces en las *Constituciones*, nunca referido al encuentro con Dios.

⁴⁴ Ver De 27, 30, 43, 96, 101, 131.

⁴⁵ Ej 20; *acercar* solamente es citado en Ej 20, 281 y 344. *Llegar* aparece, casi siempre como verbo de movimiento, siete veces en Ej, y siete en Co, así como en otros textos.

atender su numerosa correspondencia⁴⁶. Ignacio busca y halla a Dios en su oración privada, pero busca y halla cada día en Dios la respuesta a su compromiso con la vida.

A modo de *conclusiones* podemos sintetizar así el camino que se ha ido delineando a lo largo de nuestro recorrido por el texto ignaciano:

– En el texto de los Ejercicios la preparación, la elección y la unión con Dios se articulan como tres fases distintas, de modo que en la pedagogía de los Ejercicios se supone un proceso creciente desde el disponerse inicial hasta la acción de Dios que dispone del sujeto. Podemos decir que hay un itinerario pensado como mistagogía o pedagogía para la unión con Dios. Con todo, en los Ejercicios parece que lo que se concede al final ya ha de estar en núcleo en el principio, de ahí que en las disposiciones iniciales parecen estar ya en núcleo los frutos finales. Por eso es cierto que la acción y comunicación de Dios están en todo el camino, desde las disposiciones iniciales, en las experiencias de consolación por las que el ejercitante mantiene su voluntad de seguir adelante.

– Es cierto que la adecuada preparación de la elección de estado (o de la reforma de vida) favorece una experiencia mayor que una buena elección pues facilitan la disposición como entrega, la oblación personal del ejercitante en manos de Dios. Al final del itinerario, efectivamente, estas actitudes que incluyen la elección culminan con la decisión radical de dejarse disponible en manos de Dios. El amor que se entrega y se comunica es la modalidad teologal de esta unión con Dios que se busca en Ejercicios.

- Pero la modalidad afectiva y hasta sensitiva de la unión con Dios con que se vive esa realidad teologal no la puede decidir en modo alguno el ejercitante ni su acompañante (mistagogo), sino sólo la voluntad inescrutable del mismo Dios que se comunicará con los dones y gracias que desee en su libertad. Esta experiencia constituye un puro don, aunque Ignacio considera que otras personas, como él mismo, pueden ser objeto de estas predilecciones divinas. Por otra parte, los dones y gracias que Dios concede en ocasiones no son permanentes para el que los recibe y no se deben desear ni esperar más que otros; en esta vida el sujeto solamente puede disponerse y elegir para que Dios se le comunique como Él quiera. De hecho, el final de los Ejercicios no remite al ejercitante a esperar unos ciertos

⁴⁶ S. THIBÓ, *La intimidad del peregrino*, o.c., 25-27.

Luis M^a García Domínguez

dones o gracias, sino a continuar un camino de continua disposición y elección en la vida cotidiana que se abre ante él.

– Porque, con unas experiencias espirituales extraordinarias o sin ellas, la unión teologal del amor que se formula en los Ejercicios devuelve en todo caso a la vida cotidiana. Y, en esa vida, tanto Ignacio como el ejercitante deben discernir y decidir sobre cosas concretas, decidir sobre sus personas, confirmar sus decisiones, dejarse transformar de nuevo en sus disposiciones profundas y volver una y otra vez a las nuevas circunstancias que la vida les traiga. De este modo el final de los Ejercicios no es una meta de llegada, sino un nuevo punto de comienzo para una experiencia siempre nueva de Dios, una unión con Él que se supone irá siempre creciendo.

– La experiencia vital de Ignacio de Loyola así parece confirmarlo también. La comunicación especial de Dios es gracia que se recibe (ni siquiera se pide), y de parte suya sólo queda unirse a Él en la entrega y en el servicio. El testimonio que nos queda de Ignacio, que sólo refleja unos pocos meses de su vida después de sus Ejercicios, muestra que deliberando sobre un asunto relativamente menor (el régimen económico de las iglesias de la Compañía), y ofreciendo al Señor su elección, llegó a experimentar una relación privilegiada con el Señor, que desbordó su oblación con continuas delicias, gracias y dones, como queda reflejado en su *Diario espiritual*. El hombre notablemente activo que es Ignacio es capaz durante un tiempo de “estar allí gozando de lo que sentía” (*De* 41) hasta que cesa esa comunicación de Dios y él se vuelve a su vida cotidiana, donde Dios está esperándole de otra manera.